Poemário

EDUARDO MENÉSES
Economista, estudiante Maestría en Etnoliteratura,
Universidad de Nariño

EDUARDO MENESES[1]
guamuka1980em@gmail.com

VAPOR DE VINO

Te veo venir desde la distancia inhóspita.
Un beso quiebra la luz de los cristales,
el temblor de la fragilidad del cuerpo
derrama el vino en la mesa.

Todos los rincones del espacio
se contraen en un solo lugar,
donde yo quiero que tú estés:
fugitiva y libre, detenida en el tiempo.

Para que la poesía nunca sobre,
y siempre falte,
y sea el sopl o de vida que ahuyente la muerte.

Los dos, derramados en el vino,
evaporados por el sol,
festejando la sutil locura de estar vivos.

ANTÍDOTO

Palpo la luz con las manos,
y se incendian las puntas de los dedos;
son luciérnagas que vagan
en la absoluta oscuridad de mis sombras,
taladran las tinieblas,
es ahí donde yo te veo:
en la inmundicia del veneno
que extiendes en la copa de tus labios
y me embriago en la serpiente de tu lengua.

[1] Economista, estudiante Maestría en Etnoliteratura, Universidad de Nariño.

ABULIA

En la brevedad de la eternidad de lo efímero, llega la muerte.
No hay escapatoria; todos saltan al abismo.

Menos tú, que soportas el tiempo
diluido en las manecillas del reloj,
que se marca en las hojas de los calendarios de las oficinas,
en las que tú desgastas tu vida,
en medio de papeles inocuos de la burocracia.

365 días al año practicas este espantoso ritual.
Tu estirpe reproducirá tus pasos,
calcando hasta el más minucioso de tus talentos.

Estás muerto en vida,
putrefacto, calcinado,
lleno de pus en tus entrañas,
y aún sigues ahí.

Deja que tus larvas se transformen,
deja que la metamorfosis haga posible
que las mariposas vuelen.

No hay escapatoria;
en la caída se aprende a volar.

NÁUFRAGO EN TU LUZ

Caigo en el abismo de la carne,
de la lúbrica lujuria
que, con fuerza,
empuja los bordes del verde de tus ojos,
acentuando la belleza en tu rostro.
Lo perfecto de la luz
que te ilumina,
incandescente,
me enceguece.
La oscuridad nos enseña más de la luz
que la misma claridad.
Me hago y me deshago.
La tempestad me socorre,
me parte a la velocidad de la luz
con sus fotones.
Naufrago y me salvo en tus abrazos.
Surge mi cuerpo de nuevo de tus labios.
Me miro en tus ojos:

soy yo, nuevamente,
aunque me vuelva a desvanecer.
Ausente,
recorro con mis manos tu recuerdo.

CRÓNICAS DE UN SUEÑO

Desde hace un tiempo me da vueltas una imagen: en ella, usted entra a un lago transparente. Sus pies descalzos acarician el agua, deformando la superficie con sus dedos blancos y alargados, formando hondas. Los agnatos que en él habitan se alertan y acuden a su encuentro, como en un mundo surrealista; nadan hacia sus pies y se introducen por entre sus dedos. Navegan dentro de su cuerpo: ascienden por sus piernas y caderas, continuando su ascenso. Los veo navegar en el cristalino de sus ojos, en sus senos, en el vientre. Se camuflan en los poros alterados por la sombra de la tarde (la luna ya se asoma desde la cornisa de los árboles). La piel se torna cristalina como el agua; se abre la mirada hacia dentro. Algunos se agitan entre las hebras del cabello. Es entonces cuando usted me habla. La luna tirita en el reflejo. No salen palabras: brotan peces. Sumergido en el lago, al otro lado, la espera el tiempo. Mis brazos —que ahora son aletas afiladas— cortan el miedo y la distancia. Seguramente creo que aún soy humano y nado como un pez. De la nada, minúsculos peces aparecen rodeando en círculos la desnudez huraña. Se encuentran sus peces y los míos. Saltan de sus labios a otras bocas (están hechos de su esencia). El agua hierve efervescente, agitada en burbujas. Siento cardúmenes en la boca. Son los paraísos artificiales (los mismos de donde desciende Baudelaire, de su poesía maldita), y ahora son los que nos habitan. Mordisquean nuestros cuerpos que se deshacen lento como el jabón. Usted sonríe mientras se desvanece en el agua la cordura. El tiempo está a punto de romperse entre nosotros, en el encuentro que nos alucina, sin evitar el vértigo de la inconmensurable distancia de lo onírico. Despierto con la certeza de habernos encontrado. Acaricio un recuerdo; lo busco entre las manos y en mis labios como un mantra. Desde hace un tiempo me da vueltas una imagen e intento robarla del mundo de los sueños. Me invade lo inefable, como el perfume de una flor ya muerta. Me aferro al vacío de la nada, como a una mentira cierta.

DE LAS MONARQUÍAS, EL AJEDREZ Y LOS FALSOS POSITIVOS

Detesto las monarquías. Los reyes y las reinas me fastidian, me producen náuseas, junto con aquellos que creen ingenuamente que son héroes y les rinden pleitesía. Son parásitos contemporáneos, abominables bestias de la sociedad antigua. Se creen divinos, descendientes directos del esperma de Dios. Son la clase estéril que no produce ni siquiera lo que digiere.

Los únicos rey y reina que valen la pena son los del ajedrez. Cuando la dama se entrega, en un acto casi erótico, a un peón—si este movimiento, claro está, garantiza la captura del rey adversario—no todo es en vano. El mejor señuelo es hacer creer al otro que uno se equivoca, que comete un error por descuido o desespero, llevando al contendiente a capturar incauto la pieza envenenada: es el sacrificio perfecto. Es puro cálculo táctico, político y matemático en el teatro de operaciones de un tablero. Es una puesta en escena de impecable belleza e impoluta inteligencia.

Al peón que avanza más allá del centro de batalla se le cuida como al mismísimo rey; es una dama potencial al llegar al filo de su avance. Su trinchera es la última casilla: ahí ocurre la gran metamorfosis, la magia que ni los alquimistas conocían. En la finitud de las reglas de este fascinante juego existen infinidad de posibilidades. En tan solo 64 cuadros han esculpido su genio y su locura muchos hombres y mujeres invisibles.

Chaturanga es su nombre originario. El sánscrito se refiere a las cuatro fuerzas que integran un ejército: las del ajedrez. En los ejércitos, regulares e irregulares, no hay nada más que muerte y desolación. Los ejércitos irregulares pocas veces hacen la revolución. A los ejércitos regulares de las repúblicas bananeras, las derechas los usan para proteger la propiedad privada y la impunidad de sus macabros privilegios, sembrando el terror como una plaga.

En esto, el ejército colombiano es un experto. Mal contados, lleva a cuestas una fosa común de 6.402 compatriotas segados de sus vidas. Las muertes en el ajedrez son ficticias y simbólicas, pero estas son reales y descomunales. Producen hondos dolores y ausencias inenarrables que no pueden ser expresadas o descritas. Agotan las palabras.

DESORBITADOS

Se agita en su interior con la violencia del mar. El oleaje de su cuerpo me lleva en su cadencia: en sus caderas, en la punta del coxis, en el pubis. Se asoma el estallido del placer en su boca. Escucho la canción jadeante de su cuerpo enardecido, que se estremece como el fuego de una vela danzante en la oscuridad. Abrazados en lo eterno, en el agujero negro del tiempo que hace trizas la memoria, como una botella de licor vacía que cae veloz, halada por la gravedad de la tierra, y se estrella en lo sólido del mundo.

El olor y la humedad de tu sexo me guían. Te siento palpitante; tan cerca de tus labios, mi sexo. El deseo nos embiste como bestias. Los ojos salen de tu cara y giran como dos planetas alrededor de nosotros, y nos miran. Arden nuestros cuerpos como leños de la Santa Inquisición. Se funden en el crisol nuestros metales. El silencio y el ego llegan a su fin: se desvanecen en un vapor caliente.

DINOSAURIOS

Mírame, solo mírame. Esta noche quizás deshagas estos nudos que traigo en la garganta. Pero mírame, no esquives la mirada. De pronto, las cuencas de mis ojos te recuerden la muerte que algún día vendrá y nos tomará por sorpresa. No hay tiempo: el perfume que te pongas no ayudará mucho cuando la carne putrefacta llame a las moscas a poner sus huevos. Tú, solo mírame, y estaré vivo para siempre, en la eternidad de la memoria de los dinosaurios que nos presidieron y que ahora son juguetes para niños.

Más bien, dame tu mano y déjame ensalzarte con mi juego. Huyamos del tiempo, conservando fresca la sonrisa; y así, quizás, espantemos a la muerte que viene enlatada y se vende en los centros comerciales. Ven, destruyamos la propiedad privada, para que se imponga la fuerza de los besos. No importa que yo ya no sea, y que tú sigas siendo. Continuaré mi camino, a la espera de nuevos besos. Quizás de furtivas amantes.

EL PINTOR Y LAS VÍRGENES

Bienvenida, desnudez antigua, benefactora del placer sin límites. Bienvenida, mojadme desde tu humedad sinuosa, provocante de orgías, redimiendo esta soledad fastuosa. Soy el peregrino de tus senos, sediento de tu manantial. Estás aquí, Venus majestuosa, invocando a los Dioses sin piedad. Ellos duermen sus 20 siglos bajo tierra. Pero tú los provocas con tus placeres insurrectos. Las vírgenes petrificadas en el lienzo y el yeso envidian tu majestuoso sexo. Darían todo para que el pintor que las pinta las acariciara, salvándolas de su eterna virginidad.

ÉXODO

El éxodo maldito de tu boca me expulsa al exilio del fuego de tu sexo. Al filo cortante de mil espadas, en las que Damocles ríe; frente al fantasma del espejo, cerca de la diáspora final de los cuerpos buscándose a tientas en la nada. En la ceguera absoluta de los cíclopes.

Espero que te extingas en este adiós ligero. Te alejes con el viento, que tiene en sus entrañas la fuerza que lo eleva todo y lo deja en lo más alto, a merced de la gravedad terráquea. Y caes en la *katábasis*, a borbotones, como tigres de Dalí desbocados por su brío. Tempestad de galopes. Molinos que lo devoran todo, hasta el mismo miedo al caer. Trituran las cenizas originarias del fuego de Eros.

Tu nombre se lo traga la oscuridad de la distancia; se apaga en el brillo de mis ojos, absorbido por la materia oscura del silencio. Como un idioma que ya no tiene hablantes, no pronuncian mis labios las letras de tu nombre. Imagino la forma de tu cuerpo en las manos sacudidas por espasmos, en el éxtasis sintáctico del sentido de todas las lenguas que quieren conjugarse en el verbo de tus labios, haciéndose carne. Dulce licor que jamás de ti voy a beber. Embriagante antídoto del dolor.

Me desvanezco en el azar minúsculo de los átomos en el vacío. Heme aquí, de nuevo, como un loco, al filo de todo lo imposible. En la leve cordura que apenas le arranco a los días, que transcurren estilando gota a gota en los minutos de los relojes de Cronos. Es la realidad que arañan los sentidos para encontrarme nuevamente en otros ojos. No en los tuyos, que son falsos. Desgarran las entrañas de los lugares donde no quisiste estar. Sí, ahí donde todo es posible, hasta la muerte de lo inerte.

Esta violencia de inagotable e inquisidora verdad me confronta. No dejo de estremecerme, aunque nunca te encuentre cara a cara. Eres aquella verdad que me amenaza con un disparo en la sien, huyendo impunemente, satisfecha.

PRIMERA LÍNEA

Rostros anónimos, arrojo ardiente ante la furia de la muerte. Amor implacable por la vida. Tu escudo es invencible, pletórico de honor y coraje; dignidad imperturbable. Tu poesía está en todos los rincones de la patria. Incendias lo vetusto del poder constituido. Eres el poder destituyente de lo podrido del Estado. Das origen a lo nuevo, incierto todavía, pero esperanzador. Estás dando luz al porvenir.

Tu lucha es el futuro, el presente y el ahora. Son miles y millones en las calles. Somos todos. No te detiene el miedo ni la horda de la muerte. Avanzas contigo, y ya la historia será otra: no la de la ignominia y la miseria, sino la flor rebelde de tu alma.

Guerrero sin arma y sin coraza, hay fuego en tu garganta. Eres el grito postergado. Tu lucha es antigua, vigente y renovada. Es la potencia creadora de la vida; trasciende las fronteras, las banderas y las siglas. Eres la grandeza y la fuerza de tu pueblo.

INCESTUS

Sin cuerpo, no hay delito. El crimen se cometió en complicidad con su hermana, Ariadna, quien lo convenció en el bar *El Lagarto*, en la ciudad de Pasto, al sur del país; un bar en homenaje a Jim Morrison, vocalista de *The Doors*. Aquella noche de viernes de 2016, alrededor de las once, planearon el asesinato. Ariadna lo acompañó al baño, luego de algunas caricias inusuales que le dio mientras subían las escaleras. Ya en el segundo piso de la casona, le ofreció un trago con premeditación. Le dio licor como un autómata; no se sabía si estaba ahí en cuerpo presente o flotando en los recovecos de sus pensamientos. Nicolás bebió un buen sorbo y quedó más perturbado de lo que ya estaba. En ella, el incesto estaba latente. Siempre deseó a su hermano.

Tambaleando, dieron tres pasos sobre la madera crujiente, cerca del cuarto de baño del segundo piso, y se encerraron. En el interior de la puerta se leía, en un papel diminuto adherido a la madera —a manera de propaganda literaria, o quizás subversiva contra la moral de turno— justo en el centro del campo visual cuando uno se sienta al inodoro, mientras sonaba una canción de Nacho Vegas (*Gang Bang*) desde abajo, saliendo de unas cajas negras que llenaban el oscuro silencio de la vieja casa. (El piano y el acordeón se fundían en un solo acorde.) Esa canción la había pedido Nicolás a una de las tantas meseras universitarias antes de sentir ganas de ir al baño.

En la inscripción de la puerta se leía:

"Quisiera que fueras mi hermana para cometer incesto. Quisiera que fueras mi corazón para sentirte siempre en mí. Quisiera que fueras el paraíso o el infierno, según el lugar adonde vaya (...). Fragmento: Escena Nocturna (Guillaume Apollinaire), Pasto, 2015."

Aprovechando la borrachera y la cercanía de los cuerpos que producía el encierro, Ariadna le dio el primer beso; ese que siempre imaginó y deseó. Nicolás accedió porque estaba completamente confundido por el alcohol; ya casi no tenía oxígeno en el cerebro. Creía que Ariadna era una de las tantas amigas con quienes había tenido amores repentinos que no trascendían una noche.

Esa fue la misma noche que dio origen a un crimen mayor: el que cometerían quince horas después, en contra de aquel padre incestuoso, en su propia casa. Los dos hermanos, iniciados como amantes, ejecutaron la venganza. Nació entonces el amor desbordado del uno por el otro, que los llevaría al éxtasis del goce o a padecer el pleno dolor, según fuera el caso. Como

en tantas interpretaciones de la dialéctica del Amo y el Esclavo de Hegel, que sentencia: que, quien más ama, es quien más sufre y se entrega. Padece el amor como una enfermedad...

Desde entonces, Ariadna ingresó en su propio laberinto, del que no pudo salir. Fue devorada por el Minotauro de su deseo. Se enredó en su propia madeja y jamás encontró la punta del hilo que la redimiera.

Hoy, siete años después, sigue ahí, en el mismo hospital psiquiátrico *El Perpetuo Socorro*, buscando entre sus fantasmas a Nicolás, el hermano que había muerto un año antes de que ella naciera, en un combate insurgente, y a quien solo conoció por fotografías y relatos de su madre. Así, posiblemente, se enamoró de Nicolás, el rebelde, que, sin terminar sus estudios de Filosofía y Letras, ingresó al Frente 29 de las extintas FARC-EP, luego de militar más de cuatro años en una célula clandestina bajo el seudónimo de "Teo", según inteligencia militar.

La noticia del guerrillero, ultimado con tiro de gracia y exhibido como trofeo junto con su equipo de campaña lleno de “libros explosivos” destinados a la biblioteca de una senadora aliada con paramilitares, circuló varios días en el único periódico local de la ciudad.

Desde el día en que Ariadna ingresó por urgencias, yo estaba ahí, en sus delirios, en la historia clínica de la paciente diagnosticada —en junta médica— con síndrome de *delirium tremens*. “Personalmente transcribí en limpio el diagnóstico”, dijo el psiquiatra Cástulo Cisneros, quien además añadió: “Soy uno de los tantos personajes de los brotes psicóticos de la paciente, cada vez que me confunde con su hermano. Y emerge, así, el cuerpo del delito.”